

Un numeroso grupo, 43 personas, socios todos del «Centro Católico» echaron, el lunes próximo pasado, una cana al aire. Cada año tienen por costumbre hacer una de esas excursiones. Este año escogieron la tan pintoresca como renombrada montaña de Montalegre. Muy de madrugada salieron en 7 tartanas con el bullicio propio de tan numerosa comitiva, de quien sabe va á fuera á disfrutar de un movido y feliz día de campo. Y el día les resultó espléndido, cosa que en verdad contribuyó á hacer más agradable la excursión.

Por el camino se almorzó de lo lindo. Subióse la montaña con brios, cantándose casi siempre, y ya en la cima, pronto se dió con el lugar más á propósito para dar cuenta de las provisiones que se llevaban, y poder disfrutar de uno de los puntos de vista más hermosos. Y aquel día resultaba mucho más hermoso y más poético, sentados en cuclillas, sobre una piedra ó apoyado en un árbol, con el plato en la mano, lleno del arroz que humea, y entre trago y trago, admirar aquel espléndido panorama, que sonriente y alegre se extendía delante de sus admirados ojos. Veían bajo sus piés todos los ondulados y graciosos valles; las numerosas poblaciones, que desde allí parecían grupos de blancos rebaños; las rieras serpenteándolo todo, en trozos caprichosos; las sierras de un suave declive rompiendo la monotonía de la llanura y convertir toda la comarca en trozos de lo más variado y alargarse sin orden ni concierto hasta perderlos de vista; los terrenos más feraces con los cultivos más variados, y allá, á lo lejos, distinguían el severo y altivo Montseny con sus venerables arrugas y su imponente mole unirse en estrecho abrazo con la muralla de piedra que circunda toda la rica y simpática comarca del Vallés.

Mientras que por otro lado, contemplábase el mar, magestuoso é imponente, sirviendo de espejo al sol que orgulloso derramaba á manos llenas toda la potencia de su cariño; y junto á la orilla, recostarse, blancas y limpias poblaciones que, como gaviotas, jugueteando con las olas, parecían esperar el cotidiano y amoroso beso de la mar, su única reina y señora. Y en tanto la alegría de los excursionistas subía de punto.

Érase que se había empezado á destapar las botellas de Jerez. Uno brindaba, otro cantaba, el de más allá peroraba. La zambra encontrábase en su período álgido, sin que degenerase en nada impropio de personas tan dignas y respetables como eran todas las que